

El Mundo de María

Devoción del Emperador Carlos V a la Virgen Purísima Su muerte ejemplar en el Monasterio de Yuste

Por MARCELINO GONZALEZ HABA

RECORDEMOS, en esta oportunidad, IV centenario del óbito de nuestro Emperador Carlos V, la ardiente devoción mariana que iluminó la vida de este famoso rey de España, fallecido hace ahora cuatro siglos, en el Monasterio de Yuste, enclavado entre las frondosidades de ensueño de la Vera, como una insigne condecoración prendida del pecho valeroso de esta noble provincia cacereña.

La fecha, es por demás sugestiva y propicia para recuerdos memorables y pensamientos altos.

Porque, este poderoso señor y gran César cristiano, heredó de sus gloriosos progenitores un amor encendido a la Purísima Madre de Dios, contenido en esta bella fórmula tradicional: «La bienaventurada Virgen Santa María, a quien tenemos por Señora e Abogada de nuestros fechos».

Su celo y admiración por el misterio de María Inmaculada, le llevó a figurar como cofrade primero, y hermano mayor después, de la asociación inmaculista fundada nada menos, que por el Cardenal Cisneros en Toledo, recabando del Pontífice Adriano VI, la gracia de elevarla al rango de Archicofradía: Hasta sus estatutos aparecen autorizados con la real firma del joven César español.

Un inteligente historiador, fray Francisco de Torres, recuerda, cómo Carlos V, anhelaba vivamente, que la fiesta de la Inmaculada fuera celebrada en España con el mayor esplendor y devoción. Y hasta refiere, que este insigne caudillo, «exhortaba a los Prelados para que promoviesen la devoción a la Purísima y propagaran su Cofradía».

Así, era propósito firme y acuciante, de Carlos V, extender a sus vastos dominios el aroma saludable, benéfico, bienhechor, de esta insigne devoción mariana, pues que, según el propio César aseveraba, «quien triunfó del pecado, mejor triunfaría de los enemigos del Rey».

Carlos V, como los Reyes de la Corona de Aragón, y al igual que los piadosos Monarcas de Castilla, situó a su pueblo, bajo el manto acogedor de la Virgen tan próxima al trono de Dios: En todas sus empresas, el Emperador acudía confiado, a la potencia mediadora de tan celestial Señora, camino seguro para llegar a Jesús.

En Villalpando, pueblo de rico abolengo, concepcionista, la guerra civil de las

Comunidades, se hizo a favor del Emperador, bajo la bandera azul de la Inmaculadas Y hasta el ardor bélico de sus leales, estaba alentado por el grito de «Santa María y Don Carlos».

Otro símbolo que ilumina la clara estrella mariana de nuestro augusto Emperador, está representado, por la imagen de María que resalta en el guión de campaña, triunfante en la célebre batalla de Mullberg, que atribuyó el César, a la protección de la Virgen. Y en la Armería Real, aún se conservan cuatro arneses de este piadoso monarca, que llevan esculpida, la mismo y atrayente figura concepcionista, ello, aparte de otros varios, hasta doce, hoy desaparecidos, también adornados con la efigie de este misterio, según relatos del cronista P. Alava.

Carlos V, como sus egregios descendientes, fué devotísimo de Nuestra Señora de Guadalupe, y si este glorioso nieto de los Reyes Católicos, no visitó con tanta frecuencia el famoso monasterio de las Villuercas, «santuario de reyes y rey de santuarios», fué, por causa de las numerosas guerras que le obligaron a estar ausente de España. Pero en este «paraiso deleitoso», como le llamara, la Reina Isabel, pasó en retiro y quietud espiritual, la Semana Santa y Pascua de 1525, colmándole de mercedes, y recibiendo a su vez, el César, amplia ayuda económica de los jerónimos para proseguir las guerras en que estaba empeñado, para defensa de la Cristiandad.

El 13 de Abril de 1528, Carlos V, llevado de su ardiente devoción a la Virgen de Guadalupe, hizo jurar heredero al príncipe D. Felipe, ante una imagen de esta gloriosa advocación en Madrid. Y resuelto a dotar el templo del monasterio de un gran retablo mayor, encomendó su estudio a Juan de Borgoña, si bien, hasta el reinado de su hijo Felipe II, no pudo llevarse a feliz término, tan maravillosa obra, que ahora realza el templo-basilica de la Hispanidad.

De igual forma, Carlos V, sentía un vivo afán devocional por la Virgen de Monserrat, cuyo venerado Monasterio visitó en varias ocasiones, reuniéndose con los monjes en el refectorio, a los que estimaba como inteligentes consejeros.

También, por el año 1526, cuando el Emperador fué a Sevilla a contraer matrimonio, antes de llegar al Alcázar en donde se encontraba su bella prometida, Isabel de Portugal, se postró a los pies de la Virgen de la Antigua, a la que, además, visitaba con frecuencia durante su estancia en la hermosa capital andaluza, la ciudad más mariana del mundo.

Un nuevo impulso de amor a la Virgen, hizo que Carlos V, regalara a la Patrona de Toledo, el rico manto imperial que usó el día de su coronación. Y ante Nuestra Señora de Atocha en Madrid, a la que atribuyó el triunfo de la batalla de Pavía, asistió el Emperador a solemnes ceremonias religiosas que se celebraron en acción de gracias por tan feliz suceso.

Carlos V, donó generosamente a los dominicos, el santuario mariano de Atocha, presenciando las brillantes fiestas celebradas en honor de la Virgen el día de la Inmaculada, con este feliz motivo. Como buen Rey español, cada año se asociaba cordialmente, a esta gran festividad, así como de igual forma, asistía a la solemnisima procesión del *Corpus Christi*. ¿Quién no recuerda a Carlos V, portando una vara del palio, el día del Señor, en Zaragoza, Barcelona y otras poblaciones?

Un buen día, presente el César en Zaragoza, ciudad de la Virgen, arrullada con la canción cristalina del Ebro, río mariano, fundó, una cofradía en honor de Nuestra Señora. Y en las ordenanzas de 1518, en esta misma inmortal ciudad, según lo asevera el erudito historiador, P. Bayle, manda, que, en todas las iglesias de América, se pusiera una imagen de la Virgen y que se enseñara a los indios el Ave María y la Salve, regalando una imagen de Nuestra Señora del Pilar a la Catedral de la Paz.

Además, el propio Carlos V, ordenó el envío de numerosas imágenes de María a las Indias, para fomentar la devoción a tan celestial Señora en las tierras recién descubiertas.

Y tal era el apasionante amor de Carlos V, a la Santa Madre de Dios, que, según Alfonso de Santa Cruz, ayunaba todas las vigiliass de Nuestra Señora, y oía el

sermón en cada fiesta, proclamando, además, como Patrona de los Consejos Imperiales, a la Virgen del Buen Consejo.

Otro veraz historiador, Fray Paulino Alvarez, recuerda, que, Carlos V, cada vez que recibía noticias que exigían serio estudio y meditación, solía decir: «rezaré mi rosario a la Virgen y después, pensaré y resolveré». De nuestro Caudillo, refieren sus íntimos, que, en los casos graves de gobierno, su capellán expone el Santísimo, y después de pedir luces al Señor, estudia y decide.

¡Qué vocación mariana tan esencial, dominaba la vida de nuestro Emperador!

Nos haríamos interminables si pretendiéramos reseñar esta amplia fase devocional del César. Pero ya, a través de este breve relato, bien se adivina, su designio imperial y su rendida prestación a las cosas de Dios, y hasta se percibe, ese aire de grandeza del pueblo español, ocupado en aquellos tiempos, en conquistas prodigiosas y realizaciones evangélicas.

Mas, lo cierto es, que Carlos V, rogaba con insistencia a la Virgen la gracia final de una buena muerte, que le concedió, para entrar con viento próspero y seguro en el puerto de la eternidad. Porque, la sincera devoción a la Virgen es claro signo de predestinación.

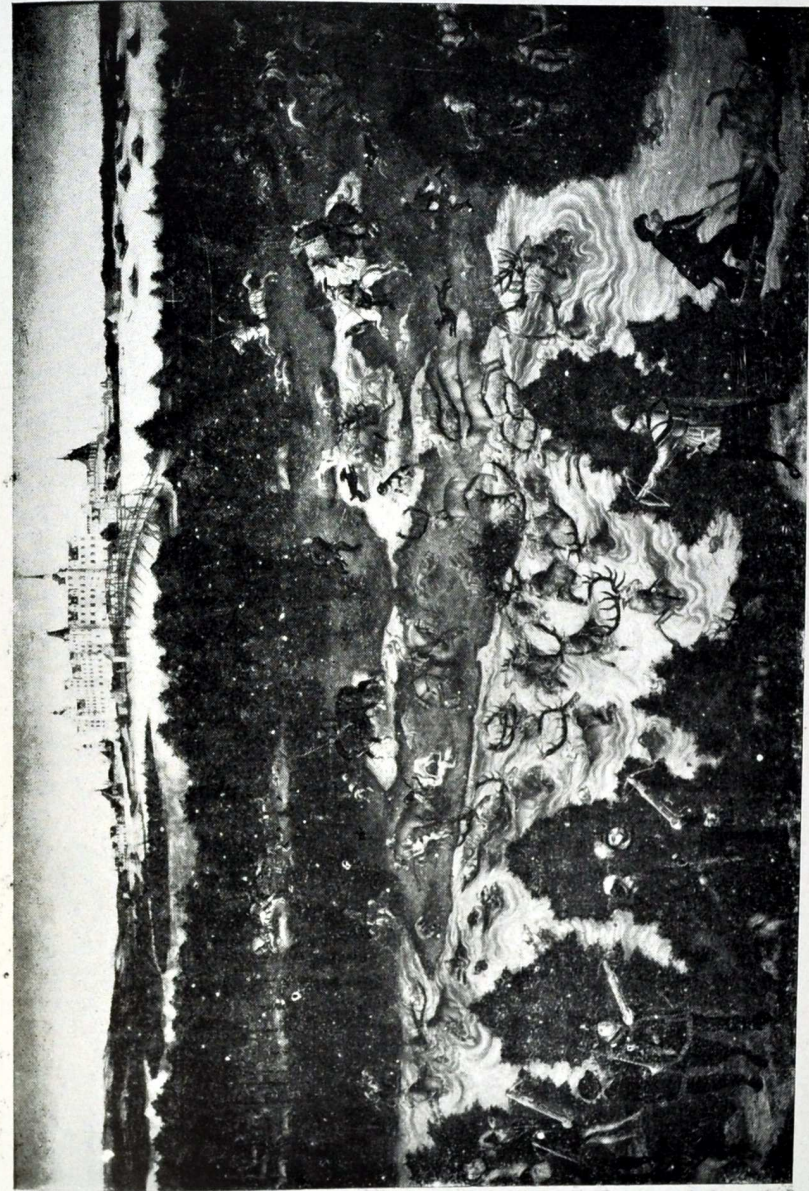
Así, se sabe, que en los últimos momentos de su vida, pidió a los religiosos que le ayudaran con los insistentes ruegos de la letanía y de los agonizantes, y al Arzobispo Carranza un crucifijo, usado antes en idéntico trance, por su esposa, Isabel de Portugal y con el que murió después su hijo Felipe II, besándole y estrechándole contra el pecho y sostenido con la mano izquierda, miraba también a un cuadro de la Virgen, que había pertenecido a la Emperatriz.

Y cuando su fiel servidor, Quijada, ponía en la otra mano, ya casi exánime, un cirio encendido, figura luciente de Cristo Redentor, que procedía de Monserrat, poco después, todavía el Emperador moribundo, pronunciaba el nombre de Jesús, y expiraba.

De tan edificante manera, *el más principal hombre que ha habido y habrá*, al decir del propio Quijada, «en un momento de dolor y admiración», entregó su alma al Señor, iluminado por la llama viva de amor a Jesús y a la Virgen, en tanto que una linda azucena que abrió aquel mismo día, 21 de Septiembre de 1558, en la ventana de su celda, fué colocada ante el Sagrario de Yuste, como un vivo recuerdo de su devoción eucarística.

Así, Carlos V, en vida y muerte, sintetizó los dos grandes amores de la raza hispana: El amor a Jesús Sacramentado y a la Virgen Purísima.

¡Maravilloso ejemplo, éste, de Carlos V, para los Reyes y Emperadores, para los Caudillos y Gobernantes, de todos los tiempos!



Cacería en honor de Carlos V en el Castillo de Torgav, de Cranach. (Museo del Prado)